

## CAPÍTULO VI

### LA AVERSIÓN DE BURKE HACIA LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Es curioso ver cómo un whig británico, desconfiado de la Corona, combatió tan fanáticamente un movimiento francés que trató de seguir una pauta presentada por Inglaterra misma, durante la *Glorious Revolution* de 1688, tan cara al corazón de todo whig.<sup>106</sup> Y sorprende más aún encontrar este fanatismo en un hombre normalmente tan inclinado hacia la moderación y la desfanatización, como era Burke.

Es generalmente admitido que Francia haya obtenido por su Revolución de 1789, en forma dramática y sangrienta, lo que Inglaterra había conquistado, 99 años antes, en su bastante pacífica *Glorious Revolution*. Fue a ella que el país debía aquella monarquía constitucional con un equilibrio entre Corona y Parlamento que luego un Montesquieu alabaría tan elocuentemente: una maravilla de arquitectura constitucional a cuya conservación y perfeccionamiento Burke dedicaría tanta atención y energía.

<sup>106</sup> Jefferson, después de leer las *Reflexiones...*, observó que la Revolución en Francia lo sorprendía menos que la revolución en el señor Burke... Para Paine, que había sido amigo de Burke, las *Reflexiones...* fueron una grave decepción, y sus *Rights of Man* son en gran parte una reacción a esta obra de su antiguo partidario.

A pesar de lo anterior, cuando burke vio surgir en el país vecino el movimiento revolucionario (al comienzo todavía bastante moderado y respetuoso de la tradición monárquica) de 1789, en vez de alegrarse de que Francia había encontrado también el camino hacia los aciertos alcanzados por su propia patria, nuestro autor creía ver en la Revolución francesa tanto factores peligrosamente distintos de los que habían contribuido a la *Glorious Revolution* de 1688, que —incluso durante la fase liberal del movimiento francés (la fase que produciría la primera constitución de la Revolución Francesa, todavía monárquica)—la combatió violentamente, en términos que no siempre obedecen al decoro académico o siquiera político.

Cabe notar que esta actitud era excepcional en la Inglaterra de aquel momento, y esta obsesionada aversión de la Revolución Francesa continuó durante los últimos ocho años de la vida de Burke (murió el 9 de julio de 1797). Todavía en 1796 sus *Letters on a Regicide Peace*, contrastan con la general actitud inglesa de alivio de que con el Thermidor Francia había encontrado el camino hacia la moderación.

Es posible que dos factores provocaran esta actitud de Burke, que a primera vista pudiera parecer más bien emocional que lógica y racional:

a) El hecho de que la Revolución Francesa haya sido menos respetuosa de la estructura fundamental del país, de lo que la *Glorious Revolution* había sido (pensemos en la *Nuit des Sacrifices*, del 4 al 5 de agosto de 1789, cuando se dio un fin abrupto al feudalismo francés, mientras que en Inglaterra el contenido medular del feudalismo había sido liquidado gradualmente, por diversas medidas de importancia variable, a través de varios siglos). La Revolución Francesa era mucho más cerebral, dogmática o “utopista” de lo que la correspondiente revolución inglesa había sido y, según Burke, fue caracterizada desde su comienzo por una “fría malicia espiritual”, mientras que la revolución inglesa de 1688 fue una

“revolución feliz”, cuyas aparentes innovaciones eran fundamentalmente un regreso a sanas tradiciones.

Además, la “revolución” de 1688 no fue un movimiento de una clase social contra otra, sino que fue un evento sin derrame de sangre, ni manifiestos altisonantes,<sup>107</sup> a diferencia de la francesa; fue del gusto de la élite británica, de decentes, pragmáticos propietarios, el *gentry* que imprimía el tono predominante a la vida británica, y que estuvo convencido de que una buena política es un asunto de conveniencia de caso a caso, no una estructura dogmática, preestablecida, abstracta, basada en “derechos” absolutos e intocables, producto de una especulación cerebral. En la ideología de este grupo encontramos la convicción de que tal especulación abstracta siempre es pobre en comparación con la acumulada experiencia de los siglos: “el individuo es estúpido; la especie es sabia”. El ideal burkiano del político es el hombre que, colocado ante un problema, lo analiza detallada y prudentemente, para encontrar un compromiso, no el hombre que corta nudos gordianos a la luz de simplificaciones abstractas, y menos del hombre de la masa “democrática” moderna, que “piensa” mediante una concatenación de *slogans*.

b) Otra diferencia fue la actitud anticlerical e inclusive antirreligiosa de la Revolución Francesa, que lleva a Burke al temor exagerado de que fuera un intento de regresar a unas persecuciones de la Iglesia por el Estado, al estilo de lo que había sucedido antes de los Edictos de Tolerancia del Emperador Constantino, al comienzo del siglo III d. C.<sup>108</sup>

Estos son argumentos ideológicos que puedan justificar la aversión de Burke hacia los acontecimientos desencadena-

<sup>107</sup> Véase Herbert Muller, *Freedom in the Western World*, Nueva York, 1964, p. 349.

<sup>108</sup> Ya dijimos que durante sus visitas a los *salons* intelectuales de la Francia prerrevolucionaria, Burke se había preocupado por el ambiente “ateo” que allí observaba, y esta experiencia probablemente le hizo ver el anticlericalismo de la Revolución Francesa bajo una luz apocalíptica.

dos bajo el impacto de la *Encyclopédie*. Sin embargo, un factor psicológico puede haberse añadido a los anteriores: algunos de nosotros, siguiendo el ejemplo de la admirable creación de Anatole France, *l'Abbé Coignard*, acercándonos a la vejez nos volvemos más tolerantes y flexibles —*mellowing with age*—, pero otra categoría de intelectuales tiene la mala suerte de amargarse y volverse más dogmáticos, misántropos y rígidos en la medida en que se alarguen las sombras del paisaje de su existencia. A este segundo grupo pertenece Burke, el cual en la última fase de la vida habla inclusive en contra de la abolición de la esclavitud y de pronto critica la tolerancia religiosa —contrarrestando actitudes que antes había defendido elocuentemente. Una serie de preocupaciones financieras y la muerte de su único hijo, preparado con sumo cuidado para ser su sucesor político, pueden haber contribuido a esta transformación. Por otra parte, el hecho de que factores psicológicos contribuyan a veces a actitudes ideológicas no quita interés a los argumentos esgrimidos para la defensa de éstas, y posiblemente los factores psicológicos hayan sido secundarios en comparación con los razonables argumentos con que Burke justificaba su actitud hacia los acontecimientos en Francia.

¿Se trata realmente de una actitud antirrevolucionaria de parte de Burke? ¿No estamos más bien en presencia de su clarividencia respecto del peligro de lo que durante el reciente bicentenario de la Revolución Francesa se llamaría el *dérápape* del movimiento: el surgimiento de una sangrienta intolerancia en la defensa de lo que un pequeño grupo de ideólogos en el poder había escogido como ortodoxia oficial? ¿No se trata de una sabia previsión de que, a causa del ambiente espiritual tan cerebral y abstracto de aquel movimiento francés, los principios humanitarios de la revolución pronto serían violados con el fin de “salvar la revolución”? ¿No estamos en presencia del reconocimiento de que una exaltación tan dogmática e incondicional de principios con-

tradictorios entre ellos, como son el de “libertad” y el de “igualdad”, llevaría automáticamente hacia una explosión de crueldad que en nuestra imaginación sólo ha palidecido algo por los horrores del terror estalinista, del holocausto o de la Pol-Pot-ada: acontecimientos más recientes y de cuantía y bestialidad todavía más impresionantes?

No olvidemos que la Revolución Polaca de 1791, cuyas reclamaciones y resultado constitucional fueron mucho más moderados que los de la Francesa todavía mereció la simpatía de Burke.<sup>109</sup>

Efectivamente, creo que es perfectamente razonable admirar, con Burke, los principios de la *Glorious Revolution* de 1688 y de la Revolución Americana de 1776, o de la Revolución Polaca de 1791, y al mismo tiempo rechazar el espíritu de la Revolución Francesa de 1789 —no sólo por prever el peligro de su gradual *dérápée*,<sup>110</sup> su desviación, sino también por la fuerza que tuvieron en ella las ideas abstractas y la oratoria de *les terribles simplificateurs*: Burke siempre combatió la infiltración de la metafísica en la política, actitud muy británica que también observamos en otros campos de la cultura (recordemos cómo desde el renacimiento los ingleses estuvieron empeñados más bien en observar empíricamente la naturaleza, precisamente cuando los franceses, alemanes y españoles dedicaron gran parte de sus energía a la búsqueda de los grandes sistemas abstractos, teológicos o filosóficos, y cómo el derecho inglés se formó en gran parte de sentencia a sentencia, en íntimo contacto con la realidad social, mientras que el derecho continental trató de construir sus sistemas jurídicos por vía deductiva).

<sup>109</sup> Su resultado final fue fatal (la segunda partición de Polonia), pero en 1791 esto hubiera sido difícil de prever.

<sup>110</sup> El autor de este término, desde entonces popular, ha sido Francois Furet, hasta donde puedo ver. *Cf.*, su *Interpreting the French Revolution*, Oxford University Press, 1981.

Mientras que la revolución de 1688 (en Inglaterra) y la de 1776 (en las colonias americanas) preservaron ciertas tradiciones religiosas y estructurales, la de 1789 separó Francia de sus raíces, y quizás Burke tiene la razón de que no debemos interpretar el “Terror” de 1791-1794, los tremendos sucesos en *La Vendée*<sup>111</sup> y la dogmática dictadura del Comité de Salut Public como lamentables desviaciones que hubieran debido y podido evitarse: quizás han sido, efectivamente, consecuencias normales del espíritu frío, abstracto y anti-histórico de los acontecimientos de 1789 y 1790: resultados de utopías que en forma previsible dieron lugar a movimientos cuyos líderes pronto perdieron la cabeza y terminaron repartiendo golpes a troche y moche, antes de perecer ellos mismo

Cuanto se hubiera asombrado Burke de ver las alabanzas que recibió la Revolución durante su primer centenario, de 1889 —cuando la burguesía occidental realmente pensaba que, gracias a la Revolución, el “tercer estamento” había triunfado en forma definitiva— o de ver en la época del segundo Centenario, la popularidad de las ideas de Francis Fukuyama en el sentido de que el ideario de esta Revolución signifique —después de su últimas escaramuzas con algunos “ismos” irracionales— *The End of History*.<sup>112</sup>

<sup>111</sup> Reynald Secher, *Le Génocide Franco-Français: La Vendée Vengée*, Presses Universitaires de France. Se trataba de una masacre fríamente premeditada por ideólogos, del 15% de la población de aquella región, en nueve horribles meses.

<sup>112</sup> Supongo que la interesante tempestad intelectual y emocional alrededor de las ideas de Fukuyama se encuentra todavía con suficiente frescura en la memoria del lector, como para dispensarme la necesidad presentar referencias bibliográficas; sin embargo, *pour acquit de conscience: The End of History and the Last Man*, acabo de recibir ahora (1993) una edición de bolsillo, de la Editorial Avon.